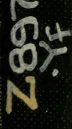
Fernández Flórez, Isidoro

Zorrilla.



PERSONAJES ILUSTRES

ZORRILLA

ESTUDIO BIOGRÁFICO

POR

ISIDORO FERNÁNDEZ FLÓREZ

PRECIO: **UNA PESETA**

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Cta. de Sto. Domingo, 16, pral.

JOSÉ ZORRILLA

PERSONAJES ILUSTRES

ZORRILLA

ESTUDIO BIOGRÁFICO

POR

ISIDORO FERNÁNDEZ FLÓREZ

MADRID
COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS
Á CARGO DE D. A. AVRIAL
San Bernardo, 92

JOSÉ ZORRILLA

Ha sobrevivido á su época... Nació en Valladolid en 21 de Febrero de 1817, cinco años después del autor de *Juan Lorenzo,* del cual había de ser cariñoso amigo y en compañía del cual debía recorrer alguna vez la senda del arte escénico. Fué su madre Doña Nicomedes Moral; fué su padre D. José Zorrilla; alcalde de casa y corte en Madrid, en tiempo de Calomarde, magistrado después, hombre de carácter entero, de genio

adusto, de principios autoritarios recto y probo, mal avenido con todo movimiento reformador del Gobierno ni de las costumbres; de aquellos varones que juzgando el poder paternal ménos un derecho de la naturaleza que una institución política, encubren las ternuras del corazón bajo los acentos de la severidad. Era lo que llamamos hoy un hombre chapado á la antigua; de los que sólo quedan sus retratos en las salas de recibo, gracias al pincel de los Goyas y los López, y que nos inspiran respeto aún desde el lienzo en que aparecen tan insensibles como cuando vivieron forrados en su toga y adornados con el blanco encaje de sus vuelillos. Conviene detenerse á mirar este retrato del padre de nuestro poeta, porque su rigidez y su intransigencia, virtudes de tal

época respetables para todos y más para su hijo, decidieron al fin de su porvenir y de su vida.

En 1827 los padres de Zorrilla vinieron á Madrid y éste ingresó en el Real seminario de nobles. Hubo que hacer para ello información de nobleza; y fácilmente se repara que esta información quedó hecha no tan sólo en el archivo del seminario sino también después en sus obras, todas llenas del espíritu caballeresco. Tuvo allí Zorrilla por compañeros á los más encumbrados títulos y recibió la educación inútil y brillante del noble. Dibujar, tirar á las armas, leer á escondidas libros de amena literatura y hacer versos; hé aquí sus ocupaciones predilectas. Leía á Walter Scott, á Fenimore Cooper, á Chateaubriand. Estos autores fueron las nodrizas de su entendimiento. Había

sido fundado el colegio y era dirigido por los jesuitas que adivinaron al poeta, celebraron sus versos y gustaban de oirle declamar, en el teatrito donde se celebraban los exámenes, algunas comedias de Lope y Calderón, refundidas, y sin duda, mejoradas por los padres. Zorrilla era primer actor de aquel teatro; circunstancia digna de recordación, pues nos indica el origen de sus aficiones al drama antiguo y nos explica su especial manera de leer el verso, que no es propia lectura sino recitación y casi, casi, música.

Salió del seminario el año 32; y más tarde, muerto ya Fernando VII y encendida la guerra civil, fué á estudiar leyes á la Universidad de Toledo. Su padre se encontraba á la sazón desterrado en Lerma. Sus impresiones de Toledo vi-

ven con hermosos colores en sus *Leyendas* y en sus primeras poesías. Estudiaba las ruinas y las tradiciones: leía las obras de Víctor Hugo, de Espronceda, de Alejandro Dumas. Leía también el *Romancero*, Juan de Mena y Jorge Manrique. El espíritu de la revolución envuelto en la dalmática española, esta era su musa por entonces, en efecto. Mientras su padre le creía un legista, él se complacía en no ser más que un romántico. Imaginémonos, un joven delgado, pálido, descuidadamente vestido, con una cabellera salvaje, miradas animadas por la excitación del insomnio y la centella del genio; un tipo de afectada grandiosidad, premeditadamente excéntrico. Quedábase pasmado mirando los rosetones góticos de la catedral como si fuesen las claraboyas del

Paraíso, vagaba por los cementerios á la media noche, como si quisiera estudiar la vida en el vacío de los cráneos; ponía sobre los principios políticos y religiosos y la autoridad paternal, los delirios de la revolución y las dudas de los enciclopedistas. ¡En su extravío llegó hasta contraer amistad con Miguel de los Santos Alvarez! Sumergido, pues, voluntariamente en tan supremos horrores, debía considerarse poeta. Y no se engañaba, que lo era á pesar de esto. El resultado de tales extravíos estaba ya previsto por los entendimientos diáfanos: Zorrilla no podía ser jurista, probablemente no pasaría de ser un pobre diablo ó un loco. El mismo renunció á los estudios y se negó á los exámenes. Le encajaron, pues, en una galera de retorno para Lerma y á cargo

del mayoral; pero él, sin ser visto, montó sobre una yegua que pastaba suelta en el campo; llegó á Valladolid, vendió la yegua, tomó pasaje para Madrid en una galera y tres días después entraba en la corte. Había roto con el pasado, con la autoridad paternal y con su conciencia; estaba, pues, huérfano y pobre. A la luz del sol ¡cuántas esperanzas le acariciaron sin duda! pero... en sus noches ¡qué triste debió ofrecérsele el porvenir!

Zorrilla mismo ha contado que en aquella época vivió difícilmente de su lapiz y de su pluma, que se dió á predicar una política de locos sobre las mesas del Café Nuevo y que fundó un periódico tan acepto al Gobierno que éste envió la justicia para prender á todos los redactores. Zorrilla se escapó por un balcón, disfrazóse luego de gitano

y burló así la persecución de los alguaciles. El movimiento revolucionario que vino después le permitió volver á Madrid pocos días antes de la muerte y entierro de Larra, fecha doblemente memorable para la prosa y la poesía. Cierto italiano, al servicio del infante don Sebastián le sugirió la idea de hacer unos versos al gran escritor cuyo suicidio era conversación y asombro de Madrid.—Yo haré que se publiquen—le dijo—y quizá puedan valer algo.—Vivía Zorrilla entonces en el zaquizamí de un cestero, y dice que compuso los versos á la luz de una vela que él mismo había comprado; y que no teniendo pluma ni tinta acomodó, al objeto, un mimbre y se sirvió del tinte azul con que los mimbres se teñían. Antes Zorrilla en compañía de Santos Alvarez habíase llegado

á ver el cadáver de Larra, expuesto en la bóveda de Santiago, buscando inspiraciones en la contemplación lastimosa de la humana miseria. A la mañana siguiente se verificó el entierro dirigiéndose la comitiva al campo santo de la Puerta de Fuencarral. Era una tarde de Febrero que unía su tristeza á las tristezas de los espíritus. El gran satírico, más temido que amado en vida, parecía haber dado á sus propios enemigos, destruyéndose, una terrible reparación; el duelo era universal, llorábanle cuantos habían penetrado en los rincones de su alma, para la amistad y el amor adornados y floridos; lamentaban los demás su juventud y talento malogrados; dejaba en todos los labios sed de su amargura. Llegada que fué la comitiva al cementerio, el Sr. Roca de Togores,

después marqués de Molins, pronunció ante el ataúd una oración fúnebre, nuevo motivo de dolor y de lágrimas. Iba el cortejo á dispersarse cuando un incidente inopinado le detuvo. Un joven desconocido, pálido, trémulo, de armoniosa voz, de mirada sublime, recitaba unos versos, y en ellos se difundían por aquél triste recinto la duda, el desconsuelo, la desesperación de Larra: universales sentimientos de aquella juventud y de aquella solemnidad. Esta composición era una blasfemia lanzada sobre la tumba de un suicida. Desde ese día Zorrilla fué poeta; desde ese día su melena larga, su tez pálida, su orgulloso desaliño no parecieron un ripio. Fué lo que ya era en realidad, un genio.

Bien pronto le admitieron en su amistad y le aposentaron en su co-

razón, Bretón, Ventura de la Vega, Gil y Zárate, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Donoso Cortés, Pastor Díaz, Escosura, Pacheco, Espronceda, Villalta, Mesonero Romanos y otras ilustraciones, lo cual le dió esa brillantez social de que se paga la juventud y que hace menos sensibles las inquietudes del hambre. No tardó mucho tiempo, sin embargo, en abandonar la tertulia de Espronceda. Este Apolo del romanticismo se le presentaba grandioso en su hermosura; pero incomprensible. El romanticismo de Zorrilla era puramente un fuego del espíritu y el de Espronceda un verdadero temperamento; la duda filosófica era para el joven poeta un tema poético y para el autor de *El Diablo Mundo* una llaga del corazón. La mujer se le presentaba al uno como habitadora de un jar-

dín, llena el halda de flores; el otro parecía no ver en ella sino una copa de barro, henchida del vino de los placeres. No podía comprender, Zorrilla, entonces, todo el dolor y por lo tanto, toda la poesía de aquél brillante cínico. La chismografía de la sociedad le hastiaba: le repugnaban las agitaciones políticas: su corazón virgen pedía luz, frescura, entusiasmos, ilusiones, algo más digno del espíritu y más sublime. No le veía en los demás y se encerró en su bohardilla á contemplar su alma y á alimentarse y hermosearse con ella. Niño por su inocencia, pareció un viejo por su conducta. Trabajaba sin cesar, martirizaba su inspiración. Su musa era bella sin duda, pero desmelenada, descompuesta, desfallecida, muchas veces; incorrecta, siempre. musa, al fin, jornalera.

Tenía Zorrilla veinticuatro años por esta época y buscando siempre horizontes para la vida propuso á García Gutiérrez escribir una obra dramática en colaboración. Con *Juan Dándolo*, y en compañía tan excelente, dió comienzo á sus triunfos escénicos. García Gutiérrez era ya el aplaudido poeta de *El Trovador*. El aplauso que obtuvo *Juan Dándolo* decidió á Zorrilla por el teatro, que cultivó, entonces, con preferencia. Antes de considerar á Zorrilla como autor dramático, considerémosle como poeta lírico. Esta consideración es conveniente y también necesaria, pues sus dramas no son más que dilatadas poesías, poemas de trovador; leyendas.

Un crítico eminente, cuya autoridad respeto, ha dicho al escribir la biografía del duque de

Rivas, que el autor del *Don Alvaro* había sido el último poeta español. Yo me permito reclamar este puesto para Zorrilla: en él concluye la dinastía de nuestros poetas nacionales. Si bien debe sus primeras inspiraciones al romanticismo francés, bien pronto su carne española y sus huesos españoles; los recuerdos de su infancia; la nostalgia de su hogar; la efusión de su fe religiosa y sus supersticiones; la austera sombra de su padre; los deslumbramientos que le produjeron las pasadas grandezas de la patria; su educación entre nobles; las comedias de capa y espada y los dramas de Calderón y Lope que representó de niño; el énfasis de su acento y de su estilo; su imaginación oriental; su vagabundez llena de aventuras de Gil Blas y desventuras de Quijote, todo le

llevó no tan solo á ser poeta nacional sino á ser el poeta de la tradición. Entre *Don Alvaro* y *Don Juan Tenorio* que sintetizan perfectamente los caracteres poéticos del duque de Rivas y de Zorrilla, es sin duda, el *Don Alvaro* más bello, pero no más castizo. Sin propósito de afirmar esta indicación, haré luego algunas consideraciones, que pudieran confirmarla. Zorrilla es poeta español, nacional, tradicional, cristiano y católico. Mientras que el coro de poetas sin fe que presidía Espronceda, entonaba un canto á la humanidad que parecía un lamento, él visitaba las ruinas de las catedrales, de los monasterios, de los palacios, de las ciudades castellanas : y sentado sobre una rota columna, evocaba reyes, caballeros, togados, inquisidores, frailes, monjas, ju-

glares, mágicos... al popular ignorante é inquieto, no para escarnecerlos, sino para coronarlos con luz de la inspiración cristiana, con la llama del fanatismo á veces. Tiene de poeta contemporáneo lo que debe á su siglo: el lenguaje, la posesión de los tesoros de cinceladas palabras que los antiguos poetas le han legado; tiene de poeta universal las fórmulas concretas y vehementes del sentimiento; la intuición de los destinos de la humanidad; la elección instintiva de lo bello. Es tan castizo, que sus defectos son, como sus bellezas, españoles; la imaginación predomina en él sobre el sentimiento; la descripción sobre la acción; la gallardía sobre la naturalidad; la magnificencia sobre todas sus otras cualidades. Conmueve menos que admira; es más feliz en la pintu-

ra de la naturaleza que en la de los pensamientos; es más artista que pensador y más colorista que dibujante; más vario que profundo; pomposo en hojas y flores; siente mejor al hombre que á la mujer, y mejor que al hombre á Dios, Zorrilla no tiene sitio en la poética del siglo XIX, si no se le permite sentarse sobre el sepulcro de la poesía española. Ningún país, ninguna literatura le reconocería por suyo y sólo sería recibido con júbilo, donde ya lo fué otras veces, en otras Españas, en nuestro antiguo territorio americano.

En la colección de sus poesías las primeras son de escaso valor. El pocta busca su camino entre las sombras. El pensamiento no encuentra su natural vestidura y se cubre con un traje zurcido de riquísimas telas y de harapos. Agí-

tase el estilo en convulsivos estremecimientos, cortando su canto maravilloso con repetidas disonancias. Al rebelarse contra su padre parece haberse rebelado también contra Dios. Un escepticismo sin trascendencia sujeta su inspiración á la tierra y al siglo. Cuando vuelve los ojos hacia el pasado, sus palabras caen sordamente como piedras en un abismo. Así se retuerce buscando la fórmula poética que debe abrir los tesoros de que siente llena su imaginación. Un día por fin, exclama: *¡Bello es vivir, la vida es la armonía!* y al sonar esta divina frase la inspiración surge y le dice: ¡Héme aquí, poeta! El raudal brota claro, armonioso, abundante... Ya no se verá la naturaleza recubierta por él de piedras falsas, de flores de trapo, de pensamientos artificiosos, de versos

inflados, de imágenes monstruosas, de reminiscencias torpemente incrustadas: la creación será pintada por él con la misma luz del sol y los mismos colores de las flores; su voz será la del pájaro en el amor; la del trueno en las pasiones: su fecundidad, como la de la tierra, inagotable; su magnificencia paradisiaca. A partir de este momento el que imitó tendrá imitadores; será el poeta de la aristocracia como del pueblo, y durante un siglo vivirán de la cadencia de sus versos, de la combinación más ó menos ingeniosa de sus imágenes, de la falsificación de su estilo, del saqueo en fin de su caudal poético, muchos que llamaremos también grandes poetas. Los que quieran pasar por originales tendrán ya que saquear á los extranjeros. Él fija, entonces, su destino: promete consa-

grarse á la patria en que nació y á la religión en que vive; tiene á mengua cantar á Hércules, á Leónidas, á Horacio Coclés, y á Julio César habiendo en nuestra historia un Cid, un Pedro Ansúrez, un García Paredes, un Hernán-Cortés... María llorando al pie de la cruz; las fastuosas ceremonias de la Iglesia Católica parécenle más dignas de un poeta que Venus y las fiestas de Baco. Su propósito era este; pero á decir verdad, y para ser español sobre todo, no fué el poeta de la religión, sino de las supersticiones. Lo prueban *Para verdades el tiempo; A buen Juez mejor testigo; Recuerdos de Valladolid; Las dos Rosas; El Capitán Montoya; Justicias del Rey Don Pedro; Una aventura de* 1360; *Margarita la Tornera*. Bastaría, para declararle por uno de los más

grandes poetas nacionales la perfección á que levantó en estas *Leyendas* el metro genuinamente español: el romance. Es un romancista popular en el sentido de que recibiendo sus inspiraciones de la tradición y hasta sus giros vulgares los devuelve al pueblo enriquecidos por el arte: vigorizados por el estilo; afiligranados por la fantasía, con primorosos colores; más musicales y hasta más españoles. Todas las obras líricas y dramáticas de Zorrilla podrán ser olvidadas con el tiempo; pero sus romances serán eternas páginas de nuestra Biblia poética; del *Romancero*. No temen la crítica ni la comparación. Son narraciones del pasado, que serpean como la llama, se deslizan como el arroyo y susurran como el viento: música de palabras, fuegos artificiales de ideas á

que responden otras músicas y otras ideas gemelas, en nuestra alma. Parece que este metro lleva en sí la generación de la sabiduría, pues cuando Zorrilla nos habla en romance todo lo intenta, todo lo dice, todo lo sabe... Una florecilla que nace y cuelga de un muro, la cazoleta de una espada, la pluma de un chambergo, la escarcela de un paje, el tapiz de un pórtico los dibuja, colora y detalla, con tal brío que parecen seres vivientes é importantísimos personajes de sus cuentos y dramas. Y cuando toca en puntos más altos; desafíos, bodas, torneos, romerías, procesiones... ¡cómo parece dilatarse nuestra vida y gozar plenamente de los siglos por él descritos con tanta magnificencia! Zorrilla no es tan sólo nuestro último poeta; es el último trovador. La fe se extingue

con él ; el pueblo de sus romances muere.

Hablemos, ahora, del autor dramático. Es hablar también del poeta. Si debe atenderse al juicio de la posteridad con preferencia al de los autores y al de los críticos, Zorrilla es sólo autor de un drama : *Don Juan Tenorio* (1). *El*

---

(1) Escribió después de *Juan Dándolo*, *Cada cual con su razón*, que representaron Bárbara Lamadrid, García Luna, Lombía y Alverá. Inmediatamente después llevó á la escena *Aventuras de una noche*, en que figura el Príncipe de Viana, en que tomaron parte la Bárbara y la Llorente. No tardó mucho tampoco en ser representada la primera parte de *El zapatero y el rey*, magistralmente interpretada por Luna, y que consolidó la reputación de autor dramático de que ya empezaba á disfrutar Zorrilla. La segunda parte se puso en escena por Carlos Latorre, Lombía, Norén, Mata y la Teodora. Es muy curiosa la relación que hace nuestro poeta de las intrigas de bastidores; las peripecias y vicisitudes porque pasaron los ensayos y representación

zapatero y el rey, *Traidor*, *inconfeso y martir*, no han sido vaciados

---

de este drama, pueden tener de ellos conocimiento el lector, recorriendo las amenas páginas del libro escrito por Zorrilla con el título de *Recuerdos del tiempo viejo*. Un pormenor y un párrafo sin embargo: «Llevaba ya *El zapatero y el rey* treinta y tantas representaciones, que habían producido sobre 20.000 duros; estaban ya pagados hasta los espabiladores, y aún no le había ocurrido á la empresa que me debía seis meses de sueldo, y el precio del drama con que se había salvado. Siempre en España ha sido considerado el trabajo del ingenio como la hacienda del perdido y la túnica de Cristo, de la cual todo el mundo tiene derecho á hacer mangas y capirotes. Hasta que el viejo juez Valdeosera se presentó una noche á intervenir la entrada, no cayeron en la cuenta Salas y Lombía, de que no podíamos los poetas vivir del aire.» Siguen cronológicamente, *El eco del torrente*, *Los dos vireyes*, *El molino de Guadalajara*, *Un año y un día*, *Apoteosis de Calderón*, *Sancho García*, *El caballo del rey don Sancho*, *La mejor razón la espada*, *El puñal del godo*, *La oliva y el laurel*, *Sofronia*, *La creación y el diluvio*, *El rey loco*, *La reina y los favoritos*, *La copa de marfil*, *El alcalde Ronquillo*, *Don Juan Tenorio* (1844).

en el molde de la belleza eterna; eternamente comprensible; digna de eterna admiración. Sobre *El Burlador de Sevilla* y la refundición *El convidado de piedra*, se propuso Zorrilla escribir un drama. En las interesantes y novelescas memorias que nos deja para ilustración de aquellos tiempos y de sus obras, encontramos noticias relativas á la confección del *Don Juan*, y el juicio crítico que á su mismo autor le merece. Zorrilla se comprometió á escribir el drama en veinte días; fiado sólo en su intuición de poeta y en su facultad de versificar. «Sin darme cuenta—dice—del arrojo á que me lanzaba, ni de la empresa que iba á cometer sin conocimiento alguno del mundo y del corazón humano; sin estudios sociales ni literarios para tratar tan vasto como peregrino ar-

gumento.» El resultado de esta audacia fué, sin embargo, tan glorioso, que no hay obra en nuestro teatro español, antiguo ni moderno, que le haya obtenido mayor. *Don Juan Tenorio* se representa en España todos los años por todas las compañías de verso; sus representaciones duran quince días, con otros tantos llenos, como si se ofreciese al público la más interesante novedad; no hay español de alguna ilustración que no le haya visto ó leído; no hay español ni americano que no conozca este nombre, y este tipo, y por ellos al poeta. Cuarenta y siete años de continuo aplauso le forman magnífica ovación. Ni se adivina el término de las admiraciones, pues cada año se extiende con el número de teatros. Hasta la infancia le aprende ante los tinglados donde le repre-

sentan muñecos de palo. Ha venido á ser un drama conmemorativo, nacional, universal. ¡Extraño conjunto de elementos sociales, literarios y religiosos; que no todos los espectadores comprenden, pero que todos admiran y aplauden! *Don Juan Tenorio* ha matado las demás obras de Zorrilla, y en vano ha sido que éste haya pretendido luego sobrepasarla. Toda su vida se ha consumido en inútiles esfuerzos; diríase que vació sobre los moldes de Don Juan Tenorio y de Doña Inés, su corazón y su cerebro. El pueblo, que no debo decir el público, dijo al poeta: *¡No irás más allá!*... Y el poeta se detuvo allí, sentido, airado, protestando de su mismo triunfo, despreciando las ovaciones y á las multitudes que se las tributaban, increpándose á sí propio, pidiendo en nombre de la

misma literatura y de su propia gloria la demolición de esa estatua; señalando al elogio otras producciones suyas por mejores. La opinión le deja retorcerse con desesperación, y simboliza su genio con este nombre legendario : *Don Juan Tenorio.*

Don Juan Tenorio es una leyenda dramática. El apasionamiento del público por ella está justificado por el mismo poeta, pues ese mismo tipo aparece en casi todas sus narraciones poéticas, y principalmente en *El capitán Montoya* y en *Margarita la Tornera.* No ha debido, pues, admirarse Zorrilla de haber hecho sentir al pueblo lo que también llenaba su corazón. Dadas sus condiciones de artista, la superioridad estaba en saber elegir. Al fijarse en *El Burlador de Sevilla* encontró, no sólo un tema digno

de su poesía, sino el tipo más característico de la nacionalidad española. Sin apreciar las razones por qué Don Juan representaba nuestro carácter, él oía latir bajo su justillo de terciopelo el corazón de España; el corazón del romanticismo nacional, su propio corazón. Al restaurar, pues, la antigua figura, nada necesitaba para conmover; y para deslumbrar, y obtener aplauso, le bastaba enriquecerla con su maravillosa fantasía. Busquemos los orígenes de este tipo en la sociedad española, de la cual directamente sin duda la entresacó su primer poeta Tirso de Molina: esta investigación podrá explicarnos su éxito.

Terminada la Reconquista, establecida la Inquisición, sacrificados los comuneros, el pueblo quedaba inactivo, el pensamiento sin

horizontes, el despotismo afirmado. Habíase acostumbrado el pueblo á la idea de que sólo era nobleza digna de estimación la de las armas. A ella debía la posesión de la patria, y esta creencia había debido arraigar necesariamente en su corazón durante siglos, en los cuales sólo el valor, la audacia, la temeridad, merecían alabanza y recompensa. El libro manuscrito y encerrado en la biblioteca de algún gran señor, en la celda de un monje ó en el laboratorio de algún alquimista, sospechoso de magia, era un goce particular y peligroso; las prensas no podían difundir sino el espíritu del catolicismo extremado por las caprichosas exageraciones de cien comentadores fanáticos, historiadores de todo milagro y superstición. Ser buen cristiano y ser valiente eran las dos virtudes y las

dos obligaciones del caballero; ser buen cristiano, la del villano. Dispensábasele á éste del valor por considerársele don providencial, superior á su categoría. Ociosidad, ignorancia, supersticiones: hé aquí el legado de los grandes reinados de Isabel y Carlos V. Los hidalgos vivieron sedentariamente vistiendo con orgullo los harapos de la miseria, se esparcieron por Europa y por América, buscando en nuevas guerras nuevos honores, ó pidieron la paz del cuerpo y del espíritu á los conventos. El pueblo se entregó con más tranquilidad al cultivo de los campos y á la satisfacción de la pereza; pero, conservando aún respeto á los antiguos ideales, entretuvo la ociosidad con la narración de antiguas hazañas, de sus héroes muertos, que poetizó en sus consejas. Considerándose digno de ser

despreciado, despreciándose á si mismo; juzgando el despotismo como único gobierno humano y política de Dios, la dureza de los impuestos, el orgullo de los nobles, la injusticia de la justicia, un destello de luz divina que siempre fulgura desde algún recóndito seno de la conciencia hasta en el hombre más embrutecido, le hacían acoger con júbilo cualquier agresión contra los principios sociales. Sin deseos de reivindicar una libertad cuya memoria no guardaba, deslumbrábale la perspectiva de un ennoblecimiento posible, nunca negado al villano por las armas, ya fueran empleadas éstas en ayuda del rey, ya contra sus poderes y leyes. El valor y la fuerza eran siempre su admiración, y no dejaban de serlo, antes le causaban oculto placer, empleados contra los gobier-

nos: sabía que para llegar á ser noble, tan bueno era como ser soldado ser bandido. Con frecuencia eran llevados á la milicia y á sus más altos puestos insignes bandoleros, que habían fatigado alguna comarca con sus partidas, dando así, la autoridad, pública y escandalosa sanción á sus crímenes. Y si los poderes políticos relajaban la moral, tampoco la religión procuraba sustentarla. Los conventos y las ermitas llenos estaban de bandidos jubilados en reputación de santidad; no había ladrón ni asesino que no se preparase á sus rapiñas y á sus muertes con oraciones, y que no tuviese acotado un sitio en el Paraíso, al lado del santo de su devoción, ó junto al coro de ángeles de la Vírgen María. No podía faltarle mientras llevase al pecho un escapulario y tuviese intención

de arrepentirse. Saber evitar el castigo en la tierra; tener un abogado en el cielo, hé aquí la moral y la religión del pueblo español en la época de su mayor imperio. Adviértase que la pasión del pueblo por los grandes bandidos reconocía también la misma causa de su veneración á la nobleza; ésta y aquéllos se burlaban y se imponían á lo que él temía y detestaba más: á los alguaciles, á los jueces, á la justicia. Bajo el reinado de Felipe II crecieron su ignorancia, su envilecimiento y su fanatismo, y con ellos su respeto á la fuerza, su extravío moral y su afición á lo maravilloso. En tales momentos históricos, hombres como Don Juan Tenorio que representaban todos los cultos, todas las pasiones, todos los errores del pueblo debieron existir y ser populares y de su historia ó de sus historias

debió formarse una leyenda que dramatizó, por fin, un fraile poeta. Llámese Don Juan de Mañara, Don Juan Tenorio, el capitán Montoya ó Don Juan de Alarcón como el raptor de *Margarita la Tornera*, es la juventud española de muchos siglos: nació del orgullo y de la hermosura, se crió á los pechos de la ignorancia, rompió la ley con la fuerza, buscó furiosamente el placer, dudó de Dios, se arrepintió al morir y está en la Gloria. Todavía hoy si nuestra razón le condena, nuestro corazón y nuestra fantasía le encuentran hermoso. El día en que esa realidad histórica produzca repugnancia en nuestro pueblo, cualquiera que sea su ropaje poético; el día en que anunciándose *Don Juan Tenorio* estén vacíos los teatros, España habrá llegado á su completa civilización; pero no será España.

Duran los efectos y permanece pues, el encanto; es hoy, seguramente mayor que nunca; siéntese la realidad del personaje y tiene sin embargo, prestigio y misterio de tradición. Críticos distinguidos han dado la preferencia al drama de Tirso sobre los demás escritos con el mismo asunto, por su claridad, unidad y sencillez. Su elección es acertada filosóficamente, y juzgando sólo en esos dramas la figura de Don Juan. Pero las creaciones teatrales, como los hombres de sociedad, sólo pueden presentarse con el traje del día. Une el *Don Juan* de Zorrilla á la novedad de su traje, la luz poética que refleja en él Doña Inés, verdadera creación; y vigoroso contraste de Tenorio. Es la Margarita de este Fausto meridional, y si no arranca uno á uno los pétalos de una flor

para saber si es ó no es querida, pasa y repasa entre sus dedos las cuentas de su rosario, una por Don Juan y otra por Dios. Es la encarnación de la mujer española. Por esto el drama de Zorrilla es original sin haber perdido el prestigio de su nacionalidad; por esto lleva un sello de indestructible permanencia; por esto aunque su obra sea desordenada en conjunto, contradictoria en el carácter de Don Juan, incorrecta en su versificación, monstruosa muchas veces, es la que vive, la que conmueve, la que se representa.

¡Magnífica leyenda en verdad! En ella aparece con brillantísimo color el hombre del Mediodía, orgulloso, ignorante y brutal. Necesita amar y necesita creer. Poco le importa si lo que ama es digno de amor; basta que conmueva su co-

razón y recree sus ojos; ni en cual superstición ponga su fe; basta que sea maravillosa. Sus pasiones buscarán el placer hasta en el crimen: no ha de faltarle el perdón en su última hora. Cuanto más espantable sea el delito le atraerá con mayor fascinación: matando gozará su crueldad; profanando la casa de Dios se deleitará en el sacrilegio. Sólo falta que la organización política favorezca también los extravíos de sus pasiones. Don Juan pudo arrojarse á todo; era noble y rico sobre valiente y hermoso. Don Juan es la más espléndida personificación del vicio, y Zorrilla nos le presenta como un sátiro engalanado de flores y piedras preciosas. Es un demonio que se ha propuesto robar ángeles al cielo, aunque él no cree, por de pronto, ni en el cielo ni en el infierno. El amor

mismo no ha sido hasta ahora en él más que un beso dado sobre las rosas de un jardín para marchitarlas... Es hermoso, es noble, rico, audaz, ¿qué más digna misión puede proponerse que divinizar el vicio? ¿Qué necesita para el logro de su propósito? Una espada para matar. El la ciñe. No pongáis los ojos en sus amores, ni la palabra en su honra, ni contra su carta en el juego, ni en duda su palabra, ni le rocéis con el codo al pasar el callejón, ni seáis tan necio que os pongáis delante de su paso y de su capricho. ¿Qué necesita á más de su hoja toledana? Oro, mucho oro, para apilarlo en las mesas de sus festines y hacerlo rodar sobre los manteles al extender borracho, sobre ellos, sus largas botas de retorcidas espuelas: oro, que arrojar en saquillos sobre los mostradores

de los mercaderes á cambio de los terciopelos y rasos de sus justillos y tabardos, de los encajes de sus golas, de las plumas de sus sombreros, de los diamantes de sus hebillas y del puño de sus espadas. Valor, riqueza, hermosura, desprecio del mundo, de los hombres y de Dios, ¿qué más se necesita para ser tirano? Pero tiene irregularidades en su proceder que son grandes, como fuera de la conducta universal: hasta hace una buena acción si hay peligro y no hay provecho en hacerla. La difamación, el escándalo, la muerte, van con él; pero va también con él el corazón de las mujeres. Es el vicio en su más deslumbrador florecimiento, y ellas van á posarse en su cáliz plegando sus alas de purísimos colores. Pero ha llegado un día solemne para los cortesanos de

su valor y su fortuna. Sevilla le recibe con nuevas admiraciones, y le rodea en la hostería de Buttarelli, para escuchar de sus propios labios la recapitulación de un año de desafueros contra los desafueros del mismo año, que recapitula también D. Luis Megía. ¡Treinta y dos muertes! ¡Setenta y dos mujeres burladas!... No es para admirarse según su cuenta: ¡Las enamora en un día, las consigue en otro, las abandona al siguiente, las sustituye en dos y las olvida en una hora!... Sin embargo, está para casarse con Doña Inés de Ulloa; boda hecha por los padres, que sólo miran los intereses. Presencian la escena de la hostería, y dan por roto el compromiso. Don Juan no se casará con Doña Inés; pero jura seducirla y robarla. Entra en el convento y la roba, tras-

ladándola á una quinta, orillas del Guadalquivir. Entonces aparece transformado. El leon se ha dejado vencer por la dulzura, la timidez y la inocencia de la gacela. Todavía puede reconciliarse con la sociedad y con Dios. Todavía puede ser dichoso sin ser criminal. Ha entrevisto en la tierra un oasis donde se ama con el amor sereno, puro y eterno de los ángeles. ¡Redención por el amor de Doña Inés!... Vedla, cuán bella, cuán adorable. Si al tocarla él se ha estremecido de admiración y de ternura, ¿quién no la admirará, quién no la amará como él? ¡Pobre avecilla encerrada en una celda casi desde el nacer, por un padre austero que lleva su corazón enterrado bajo la cruz de una encomienda! Es cándida, es amorosa, es ignorante, es buena. Las voces del placer se estrellan contra las

tapias de su convento, y ella no las entiende: ha nacido en la jaula, y sus alambres son el término del mundo. Escucha con simpatía las descripciones del vivir tranquilo de la virtud que la pinta la abadesa, y piensa que un hogar es un convento, y que dentro y fuera sólo se vive para rezar. Si le hablan alguna vez de los hombres, le dicen que no han nacido para ser queridos por ser amantes, sino para ser obedecidos como esposos. De todas maneras, monja ó dama, si no se olvida de sus oraciones diarias, si respeta á sus padres, si confiesa y comulga, será dichosa. Pero esta leyenda del Mediodía tiene también un Mefistófeles; la dueña. No le trae una caja con joyas, le trae un horario, y entre sus hojas una carta de Don Juan. Al tocarla siente ella un fuego que

anima su sangre y la devora. Por ser linda, por ser ignorante, por ser noble, una mujer no deja de ser mujer. El espíritu no ve si no le educan, pero la carne siempre es carne. Sombras turban su cerebro ; ráfagas brillantes pasan delante de sus ojos ; inquietudes misteriosas la conmueven ; su corazón precipita sus latidos ; el pensamiento lleno de recuerdos y de esperanzas se pierde para Dios y sólo ve á Don Juan Tenorio. Le vió y le amó, le oyó y se entregó á él. Le habían dicho que era el hombre destinado para ser su esposo : disculpa fué que pudo invocar su pasión al entregarse. Mas no hubo lucha entre su virtud y su amor. Su alma estaba llena, y con un beso de Don Juan se desbordó. Así debió aparecer la creación cuando Dios dijo : ¡hágase la luz! y la luz

fué hecha. Tanta ingenuidad, tanta pasión, tanta pureza en la falta, conmovieron al fin las entrañas de Luzbel, y amó también. Se arrodilló ante el Comendador é imploró al cielo. ¿Quién puede creer en la mansedumbre del lobo? No escuchéis sus gemidos. ¡Llamad á vuestros mastines, acorraladle, matadle!... Pero Don Juan no debe morir aún. Mata al Comendador, mata á Megía, y se arroja al Guadalquivir, blasfemando.—*¡Justicia por Doña Inés!*—claman todos. Y ella contesta:—*¡Pero no contra él!*—¡Pobre corderilla, derribada con la fuerza de las tempestades que te han cercado, tú te alzarás por fin al cielo, llevando en tus brazos el cuerpo sangriento de tu Don Juan! Todo esto que es sublime, sentido por el corazón, es absurdo, es repugnante para la serenidad de la

filosofía, y para la religión de un Dios justo. Pero el arte ha sido siempre irrespetuoso con la moral: acepta el ejemplo de la naturaleza, que suele encerrar almas deformes en carne hermosa. El arte no es un juez; su misión es ganar dominios para la belleza: es un conquistador.

Ningún crítico ha sido ni podrá ser tan cruel con este drama como Zorrilla. Ha escrito cuanto la pasión podría inventar contra él. Hacina defectos sobre defectos; dice que los actores representan mal su drama porque es irrepresentable; ha estampado, lleno de confusión, vergüenza y dolor, estas líneas: «Y si hay alguno que me envidia el ser autor de *Don Juan Tenorio*; ¡ojalá pudiera traspasárselo, para que gozara en mi lugar las consecuencias de haberlo escri-

to!» Y ha hecho más todavía: ha transformado el drama en zarzuela. Su protesta no será oida. *Don Juan Tenorio* es la más importante de sus poesías, la más grandiosa de sus leyendas y encierra toda su personalidad poética. Sus caracteres son nacionales aún. Cualquier español se cree capaz de ser un Tenorio. Cualquiera dama una Doña Inés.

La decadencia, en el gusto popular, de esta obra, vendrá con los siglos y marcará un progreso en nuestra moral y nuestra religión; pero ya lo he dicho, todavía entónces será un importantísimo documento arqueológico del sentimiento de nuestra raza. Por eso he detenido en esta obra con mayor espacio y respeto mi consideración. Sigo el ejemplo que me dan dos generaciones.

El último drama de Zorrilla fué *Traidor, inconfeso y mártir;* el único de que su autor se declara satisfecho: elogiado justamente por los críticos, que aplaudió el público repetidamente, ya cuando fué representado por Romea, ya cuando lo fué también por Catalina; pero uno de los que el público actual más desconoce y el que cita como una obra maestra, por costumbre, bajo la responsabilidad de los sabios. Zorrilla tenía escritas ya veinte obras dramáticas, todas aplaudidas, ocho tomos de versos, que habían merecido la reimpresión y tres de los *Cantos del Trovador*, que guardan muchas incomparables leyendas. Había llegado á una gran reputación por un camino fácil para él y que recorrió precipitadamente. Contento del público no lo estaba de sí propio to-

davía. Sin duda las comedias y dramas de otros autores contemporáneos más discretos, más tímidos, más clásicos en la construcción y en la forma reunían condiciones que envidiaba. Buscaba la completación y perfeccionamiento de sus facultades. La circunstancia de escribir este drama para Julián Romea, cuyo talento artístico era de índole tan opuesta al de Carlos Latorre, debía llevarle á dar mayor solidez á su nueva obra: los arranques fogosos de Latorre podían cubrir los vacíos que dejaría descubiertos la minuciosa, sencilla y verídica declamación de nuestro gran comediante.

Estudiando Zorrilla la causa del pastelero de Madrigal, comprendió que este personaje podía ser altamente dramático si le fundía con el rey D. Sebastian. He dicho que

Traidor, inconfeso y mártir es el drama que prefiere Zorrilla entre todos los suyos: en sus Memorias así lo manifiesta... Difícil es para un crítico juzgar composiciones escénicas que no ha visto representar. Las obras teatrales, como las decoraciones, son de efecto. El ejemplar le dice al lector que una obra es censurable; ese mismo lector, sin embargo, si la viera tomar vida sobre las tablas, aplaudiría. ¡El alma no se encuentra en la autopsia! Los que no hemos podido ver las representáciones de este drama, no gozamos, pues, de la plenitud de su belleza, y nos contentamos con reconstruirle imaginativamente; trabajo intelectual que da tantos caracteres y dramas, cuantos son los lectores. Queda íntegro, es verdad, el placer literario. Pero este drama, el más perfecto del

autor por su estructura, fué escrito pensando en los determinados actores que habían de darle realce y color. En él, por otra parte, ha renunciado Zorrilla á su impetuosidad poética: hay lógica y proporción, hay progresión, hay sencillez; está mejor confeccionado que sus dramas anteriores; la versificación es más lenta; el estilo menos hinchado; hasta hay afectación de prosaismo en el diálogo... Circunstancias son estas de realce mayor en las tablas que en la lectura. Se ve que no quiso dejarse dominar por su temperamento poético, sino dominarle. Cansado de oirse llamar genio, aspiró á no ser más que hombre de talento. Aunque la figura de Gabriel no hable tanto como D. Juan Tenorio al sentimiento popular, resulta hermosa; tiene relieve, poesía, digni-

dad, misterio. Como rey entra Gabriel en la hostería; como rey sube al cadalso. Aurora, Santillana, César, son personajes que ofrecen vigorosos contrastes, sobrado fuertes quizás. Debió causar esta obra singular extrañeza en el público: el desorden florido, los extravíos afortunados del autor de *Don Juan Tenorio*, habían sido reemplazados por una labor reflexiva y clásica.—«¡Qué éxito el del Pastelero—exclama su autor, dichoso al fin por haber encontrado algo que elogiarse—mi drama se hizo en todas las provincias, en todas las Américas, y aún hoy es de repertorio en todas las provincias, menos en Madrid!» Desde la representación de *Traidor, inconfeso y mártir*, Zorrilla dejó de escribir para el teatro.

Algún tiempo después residió en

Burdeos y París, y en una y otra ciudad trabajó en su poema *Granada*... Pesares y desventuras que han de quedar ignoradas hasta su muerte, lleváronle á ocultar su tristeza y desesperación en América. Fué esto en 1855. En ella encontró hospitalidad cariñosa: allí vivió entre aplauso interminable, y allí también *Don Juan Tenorio* abrumó todas sus otras creaciones con su valentía y pompa. Once años le poseyeron los antiguos dominios españoles, ya huésped en el palacio de algún potentado, ya en las soledades y en las chozas indias; dichoso más que nunca cuando sin libros ni papel, sin pluma ni tinta, creyéndose olvidado de todos, conseguía también olvidarse de sí mismo. Volvió en 1866; y su llegada á Madrid fué un relámpago glorioso, algo como apoteosis... Mas ¡ay! si

el poeta vivía, su época no. De su poesía habían nacido otros poetas; de las literaturas extranjeras había traído la moda otras formas; los versificadores mecánicos habían rehabilitado la prosa... ¡Su alma poética se había difundido universalmente como un perfume; pero sin que nadie se acordase ya de dónde ese aroma venía!... ¡Si al volver á su patria soñó con la gratitud de su siglo, tristemente despertó de su sueño!... ¡Pobres poetas! El destino les arroja sobre la tierra diciéndoles: «¡Haced dichosos, pero sed desdichados!»

Los artículos publicados por Zorrilla en estos años últimos, exponen clarísimamente la situación actual del poeta, y autorizan consideraciones que de otro modo excusaría. Muchas veces, sonriendo con sarcasmo, ha trazado Zorrilla la

perspectiva de su porvenir: el hospital ó el manicomio... Produjo sus más famosas obras cuando no exístía la ley de propiedad literaria; vendió por un pedazo de pan *Don Juan Tenorio*, que ha producido y produce millones: ha enriquecido á editores, libreros y empresas teatrales de las dos Españas; pero él nada tiene sino el aplauso. En 1871 acudió al Ministro de Estado, Don Cristino Martos, solicitando su protección para emprender la *Leyenda del Cid*, obra de largo aliento; el Ministro le dió una comisión de archivos y bibliotecas en Italia; pretexto para una pensión de treinta y seis mil reales al año. Pero esta pensión fué suprimida más tarde por otro Ministro, y si bien hubo de ser restablecida, se restableció con grande merma. La sociedad pide al genio dignidad exterior, un

vestir decente; tiene por encanallamiento la miseria. El poeta, fatigado ya por la edad y por las desventuras, ha vuelto, pues, á luchar por la existencia. Los versos no dan dinero, y escribe en prosa. Ha publicado y publica en la prensa los recuerdos de su tiempo; girones de su vida, con muchas lágrimas y muchas gotas de sangre y de hiel. Compréndese por esos artículos que el viejo poeta quisiera morir saludando con gallardo ademán la ingratitud de los hombres; pero le estremecen los desfallecimientos de la carne. El pasado le entristece, el presente le abruma, el porvenir le espanta... En los rincones de su tugurio y en las noches despiertas y largas, ve tal vez una sombra arrodillada delante de una lira rota, y esta sombra pide limosna con un cartel sobre el pecho que dice: *¡Este*

es el autor de Don Juan Tenorio! —¿Cómo, preguntaréis, es posible que el autor de *Don Juan Tenorio* implore la caridad?—«Cosa es muy fácil de decir, pero muy difícil de comprender...» os contesta el poeta con amargura.

Hay poetas precursores qué su tiempo no comprende, y que no puede honrar por lo tanto; delito es disculpable. Pero los hay que no van delante de una época, sino que nacen con ella en el momento en que las almas están dispuestas para recibirles, como flores que nacen á determinada temperatura y en tierra propia... De estos ha sido Zorrilla. Desde su primer canto, su tiempo le comprende, le aplaude y reconoce los beneficios que de él recibe... Que de él recibe, sí, porque todos leen sus versos, y leyéndolos aprenden á sentir y pensar;

descubren encantos y bellezas en la creación de los cuales, deleitosamente gozan, y ascienden á regiones que juzgaban inexplorables para el pensamiento. Si creemos en el origen divino del hombre, es porque al leer las obras de los poetas las hemos creído propias de un dios; cuando las comprendemos nos creemos también grandes. ¡Los poetas son la patria, la historia, la humanidad! Esto son, pero... ¡mirad cómo viven y cómo mueren!... ¡Cruelmente les recompensamos! ¡Vergüenza es de los siglos que se llaman ilustrados, dejar morir á sus bienhechores en desesperación tan lastimosa! ¡Los bardos de la Edad Media eran acogidos, alimentados, recompensados con más generosidad! ¡Hoy negamos al poeta la vida, y reservamos nuestro remordimiento para después de su muerte!...

Sí, morirá Zorrilla; y entonces será la universal lamentación; el embalsamar el cadáver; el formar en comitiva gobierno, aristocracia, particulares y pueblo; el plañir de las bandas militares; el retumbar del cañón; los discursos fúnebres; el enterrarle como si se enterrase á la misma Poesía; las exequias fastuosas; el erigirle un monumento; el cubrir de flores y coronas los escenarios en fechas memorables. Y entonces, será también el recordar el abandono en que le dejamos. ¡Vosotros lo sabéis, gobiernos, aristocracia, particulares y pueblo, y olvidáis al poeta! ¡Nada en la vida: todo en la muerte! ¡Hombre desdichado! ¡Dichoso cadáver!

Isidoro Fernández Flórez.

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

Escrita por **Arenal** (Doña Concepción), **Barrantes**, **Campoamor**, **Cánovas**, **Castelar**, **Echegaray**, **Galdós**, **Menéndez y Pelayo**, **Pardo Bazán** (Doña Emilia), **Palacio Valdés**, **Pi y Margall**, **Thebussem**, **Valera** y **Zorrilla**, etc.

PERSONAJES ILUSTRES

TOMOS PUBLICADOS

El P. Luis Coloma, por E. Pardo Bazán	2 pts.
Nuñez de Arce, por M. Menéndez y Pelayo	1 »
Ventura de la Vega, por Valera	1 »
Gautier, por Emilio Zola	1 »
Hartzenbusch, por A. Fernández-Guerra	1 »
Cánovas, por Campoamor	1 »
Alarcón, por E. Pardo Bazán	1 »
Martínez de la Rosa, por M. Menéndez y Pelayo	1 »

EN PRENSA

Ayala, por Picón; *Trueba*, por Becerro de Bengoa; *El Duque de Rivas*, por Valera; *Castelar*. por Balart; *Fernán-Caballero*, por Asensio.

EXTRANJEROS ILUSTRES

I **Jorge Sand.**
II **Víctor Hugo.**
III **Balzac.**
IV **Alfonso Daudet.**
V **Sardou.**
VI **Dumas** (hijo).
VII **Flaubert.**
VIII **Chateaubriand.**
IX **Goncourt.**
X **Musset.**

Todos por **Emilio Zola**, á **una peseta.**